

**EL ESPECTÁCULO DE LA VIOLENCIA COMO
DENUNCIA SOCIAL EN *LA VIRGEN DE LOS
SICARIOS*,
DE FERNANDO VALLEJO
KERI GONZÁLEZ**

En este ensayo analizo el uso que Fernando Vallejo hace del espectáculo literario para evidenciar el fenómeno de la violencia a través de su novela *La virgen de los sicarios* (1998). Desde mi punto de vista, este texto funciona como una forma de protesta social a través de la cual el autor denuncia el grave problema de la violencia a través de una de sus representaciones más espectaculares de Colombia: los sicarios. Por lo tanto, sostengo que la estética de la violencia vallejana es producto no solamente de un sistema económico y político corrupto, sino también el resultado de la relación entre los espectadores de la violencia y la violencia representada a través del espectáculo. Además, el narrador elige mostrar dicho espectáculo violento por medio de un punto de vista del mundo más que despiadado, descarado. En este análisis propongo que Fernando Vallejo decide evidenciar la cruda realidad de su país a través de un narrador apático ante la miseria y el dolor humanos; un alter ego que denuncia a las altas esferas del poder, así como también a una sociedad que se ha vuelto indiferente al sufrimiento, la pobreza, el dolor humano y la muerte. En *La virgen de los sicarios*, Fernando Vallejo utiliza el espectáculo como un “aparador mediático” que muestra una realidad violenta sin ningún pudor; para llevar a cabo este análisis, utilizaré como apoyo teórico las ideas de *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord (1967), así como el texto de Jacques Rancière: *El espectador emancipado* (2008).

Porque entiendo que el gran principio de la literatura tiene que ser el de la verdad y hay que decir las cosas con toda la fuerza: lo que es verdad es verdad y no hay para qué mentir ni hacer líos de personajes, ciudades, acciones como hace la novela de tercera persona.

-Fernando Vallejo

A través de este ensayo analizo el uso que Fernando Vallejo hace del espectáculo literario para evidenciar el fenómeno de la violencia a través de su novela *La virgen de los Sicarios*. Sin embargo, en este texto, la violencia no puede verse como fenómeno particular de Colombia, sino como un fenómeno colectivo que aqueja en su mayoría a los países del Tercer Mundo; por lo cual, considero que esta novela es una forma de protesta social a través de la cual el autor denuncia el grave problema de la violencia a través de una de sus representaciones más espectaculares: los sicarios. En este sentido, utilizaré algunas ideas de *La Sociedad del Espectáculo* de Guy Debord, así como de Jacques Rancière, con base en su texto: *El Espectador Emancipado*, tratando de conciliar el lente teórico de estos dos autores, con el propósito de exponer el carácter paradójico de la literatura vallejana.

En *La Virgen de los Sicarios*, Fernando Vallejo utiliza el espectáculo como un “aparador mediático” que muestra una realidad violenta sin ningún pudor. A través de este ensayo propongo que tal despliegue de violencia es producto no solo de un sistema económico y político corrupto, sino también el resultado de una relación entre los espectadores de la violencia, y la violencia representada a través del espectáculo. A este respecto, Debord afirma que “el espectáculo no es un conjunto de imágenes sino una relación social entre las personas mediatizada por las imágenes.”¹ En este sentido, el espectáculo de la violencia puede representarse a través de diversos modos, uno de ellos es la literatura; por esto considero que, en *La virgen de los sicarios*, Fernando Vallejo está representando particularmente a la violencia a través del despliegue espectacular de jóvenes sicarios que evidentemente no tienen posibilidad de salvación en la realidad aplastante de Colombia. A través de este fenómeno de los sicarios el narrador elige mostrar una visión del mundo que ha sido invadida por el espectáculo de la violencia sin que el espectador o lector puedan hacer nada al respecto; por lo tanto, el mismo reconocimiento del narrador respecto a la vulnerabilidad humana en un mundo injusto e incomprensible, producen en su discurso un tono más que despiadado, descarado. Pero, ¿por qué Vallejo elige que su narrador utilice ese tono

agresivo ante tanta miseria y sufrimiento desperdigados por las calles de Medellín? Una posible respuesta sería que el escritor ha elegido mostrar en su forma más sórdida a la violencia como una manera de protesta social ante una sociedad y un sistema corrupto que se han vuelto indiferentes ante el sufrimiento, la pobreza, el dolor humano y la muerte. Asimismo, Ana Serra también opina que aunque el autor llega a adoptar el punto de vista de los sicarios no emite juicios morales respecto a ellos; en cambio, “el material está dispuesto de manera fragmentada, para que el lector interprete por sí mismo. Es por esto que el libro podría leerse como una celebración monstruosa de la violencia, o como una devastadora denuncia, cuya ira participa de la fuerza *performativa* de los agresores.”²

Otra cosa a considerarse es que Fernando Vallejo elige esta forma de protesta social debido a que la violencia en Latinoamérica se ha convertido en un espectáculo, y quizás la mejor forma de protestar ante este fenómeno ya mediatizado es utilizando un lenguaje espectacular. A propósito, Debord dice: “Al analizar el espectáculo, se habla en cierto modo el lenguaje mismo de lo espectacular, en cuanto se ocupa el terreno metodológico de aquella sociedad que se expresa en el espectáculo.”³ Por otro lado, considero que el autor está tratando de sacudir al espectador/lector a través del uso de un lenguaje cínico y moralmente incorrecto como parte de su propuesta estética, para hacer más consciente a su lector de que la realidad que se vive en las calles de Medellín no es amable y, por lo tanto, el lenguaje con el que dicha realidad necesita ser descrita tiene que ser similar al espectáculo mismo de la violencia, de otra manera, la realidad estaría falseada y, probablemente, se le quitaría responsabilidad a las altas esferas del poder que alimentan el espectáculo de pobreza y violencia en los países tercermundistas. A este respecto, Serra comenta que, en *La Virgen de los Sicarios*, el narrador

...se perfila como un intelectual elitista, que desprecia lo popular. Contrariamente a otros textos donde se sentimentalizan las clases humildes, la novela de Vallejo dedica a las clases bajas sus comentarios más ácidos. En la novela no se trata en ningún momento de argüir que el fenómeno de los sicarios se puede justificar al ponerlos en su contexto de pobreza y falta de alternativas.⁴

El tono cínico y, quizás para algunos, violento de Fernando, el narrador, es paradójicamente más honesto que el discurso de los medios de comunicación masiva como la televisión. La sinceridad del narrador en esta novela aquí se asemeja al discurso del mismo autor, de ahí que la crítica muchas veces confunda a uno con el otro. Lo cierto es que las afirmaciones del mismo Fernando Vallejo pueden ser reveladoras para entender más a fondo la propuesta ideológica de su literatura solo basta con recurrir a las

afirmaciones que el mismo lector ha hecho en documentales o entrevistas, como en la entrevista hecha por Francisco Villena Garrido, “La Sinceridad Puede ser Demoledora,” en la que, efectivamente vemos un interés del autor por exponer de manera sincera una problemática como la de la violencia, que ha perdido su fuerza debido al excesivo despliegue de imágenes que de tanto repetirse han perdido su capacidad de comunicar una realidad apremiante; así, en entrevista con Villena Garrido, Fernando Vallejo dice lo siguiente:

El narrador que hice en los libros míos es un loco para muchos. Decidí hacerlo excesivo, exagerado, contradictorio. Hice de él una subjetividad rabiosa, contraria a la objetividad del resto. Habla con exabruptos y en un lenguaje que parece local. Tiene un toque de locura. A pesar de su disidencia, mi narrador es sincero. Yo nunca he pretendido ser ni políticamente correcto ni objetivo. Siempre he visto, dicho o escrito la realidad desde mi perspectiva. Aunque no suelo sostener mis ideas con mi personaje a veces sí lo hago.⁵

A través de estas afirmaciones Vallejo no deja más opción a su lector que la de sacarlo de su pasividad y hacerlo más consciente de la enajenación, que trae consigo el despliegue repetitivo del espectáculo de la violencia. En palabras de Debord: “El carácter fundamentalmente tautológico del espectáculo se deriva del hecho simple de que sus medios son, al mismo tiempo, su fin.”⁶ En este sentido, vemos cómo las aseveraciones del narrador son bastante fuertes cuando habla de la muerte, o de la procreación y sus consecuencias reflejadas en una realidad social nada prometedora, pero no solo en las comunas sino también en el campo, así el narrador de la novela dice: “El campo también es otro desastre. Como está tan ocupado en la procreación, el campesino no trabaja;”⁷ por otro lado, la crítica constante a la enajenación del individuo, y ya no solo de las clases marginadas, tiene su referencia en elementos simbólicos de la sociedad del espectáculo, por ejemplo, las masas que olvidan los problemas inmediatos de su realidad cotidiana para, en cambio, justificar su existencia a través de los triunfos o fracasos de la colectividad. El mejor paradigma nos lo proporciona el mismo narrador, con el tono espectacular que le caracteriza:

La fugacidad de la vida humana a mí no me inquieta; me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí para olvidar. El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol. Así, de partido en partido se está liquidando la memoria de cierto candidato a la presidencia, liberal, muy importante, que hubo aquí y que tumbaron a bala de una tarima unos sicarios, al anochecer bajo unas

luces dramáticas y ante veinte mil copartidarios suyos en manifestación con banderas rojas.⁸

La crítica del autor al sistema político corrupto es clara, por esto considero que este sea el principal propósito por el cual Vallejo utiliza un lenguaje tan cínico e imágenes tan violentas; por el contrario, pareciera que hay más un interés por evidenciar el carácter espectacular que rodea a las circunstancias políticas y su correspondiente impacto en la sociedad. En *La Virgen de los Sicarios*, la violencia ya no es el tema del texto, sino un modo de expresión a través del cual los procesos mediáticos son utilizados para alienar al individuo, haciéndole creer que la violencia es inherente a la realidad; y quitándole así la posibilidad de que su presente y su futuro puedan ser de otra manera. Ahora bien, Fernando Vallejo ha sabido ver cómo el espectáculo de la violencia le quita a la misma violencia su carácter violento; de ahí que sea necesario que su lenguaje se eleve por encima de las imágenes, que sea cínico y agresivo, pero por otro lado indiscutiblemente sincero. A través de su tono polémico, el narrador de Vallejo logra ponerse por encima del espectáculo que perpetúa la miseria de las clases marginadas a través de la desinformación y, asimismo, de la constante repetición de imágenes que enajenan cada recoveco de su identidad colectiva. Si el espectáculo hermana a los individuos, entonces no están obligados a pensar individualmente. Para exponer a la violencia como violencia, hay que hablar el lenguaje de la violencia y no el del espectáculo.

Por esto para Vallejo es tan importante el discurso narrativo en primera persona, debido a que la narración en tercera persona se compromete todavía menos, de hecho, comparte ese mismo lenguaje distanciado del espectáculo. Así, el autor expresa esto con sus propias palabras: “La única realidad que puede haber en esta vida me parece que es que estamos aislados en nosotros mismos, metidos en las islas que somos cada uno. Por eso la novela en tercera persona está mintiendo de entrada. El problema literario es que el lector no quiere que se le revele la mentira como tal.”⁹ Fernando Vallejo parece consciente de la problemática del espectáculo como medio de enajenación de las masas, pero también de la manera en que el discurso narrativo puede engañar al lector; o bien, del aislamiento al que el espectador es sometido a través de medios de comunicación masiva como la televisión que impiden que se lleven a cabo procesos de pensamiento más sofisticados no sólo en las clases marginadas, sino en el público en general. A este respecto, Debord dice: “La alienación del espectador a favor del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa de este modo: cuanto más contempla, menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad, menos

comprende su propia existencia y su propio deseo.”¹⁰ La narrativa de Fernando Vallejo es de naturaleza paradójica justamente porque, por un lado hace tomar distancia para afinar la mirada y así obligar al lector a tomar conciencia del espectáculo que se pone frente a él; pero por otro, también le invita a perder toda distancia arrastrándolo a la acción de la realidad vivida. A este respecto, podrían aplicarse a la propuesta vallejana algunas de las ideas de Ranciére, cuando éste escribe en alusión al teatro épico de Brecht lo siguiente:

Hay que arrancar al espectador del embrutecimiento del espectador fascinado por la apariencia y ganado por la empatía que le obliga a identificarse con los personajes de la escena. Se le mostrará entonces un espectáculo extraño, inusual, un enigma del que debe buscar el sentido. Se le forzará de ese modo a intercambiar la posición del espectador pasivo por la de investigador o experimentador científico que observa los fenómenos e indaga las causas.¹¹

En este sentido me parece que Vallejo también estaría respondiendo a las necesidades de un espectador/lector latinoamericano que ya no se sorprende con el espectáculo de la violencia; por esto, su escritura invita a descifrar el enigma de su narrativa cruda y tono hiperbólico, que en lugar de producir empatía en el lector, provoca su repulsión, pero jamás su apatía. El narrador de *La Virgen de los Sicarios*, justamente es un investigador de las calles de Medellín, sale a experimentar la violencia de la mano de los sicarios, debido que ya ha intercambiado su posición de espectador pasivo por la de un observador activo, incluso, las ironías insertas en su discurso sirven para evidenciar aún más el hecho de que el narrador de la novela es consciente de su propia actividad, que contrasta con la posible pasividad del lector:

A los doce años un niño de las comunas es como quien dice un viejo: le queda tan poquito de vida... Ya habrá matado a alguno y lo van a matar. Dentro de un tiempito, al paso a que van las cosas, el niño de doce que digo reemplácenlo por uno de diez. Ésa es la gran esperanza de Colombia. *Cómo no sé qué sabe usted al respecto, mis disculpas por lo sabido y repetido* y sigamos subiendo: mientras más arriba en la montaña mejor, más miseria.¹² (Énfasis mío)

Fernando Vallejo no sólo se burla de su lector; sino también lo cuestiona, a lo largo de toda la novela hay guiños a través de los cuáles lo desafía para que se pregunte a sí mismo qué tanto sabe, hasta qué punto quiere ser arrastrado hasta la vorágine literaria de su protesta social y, también, de los profundos cuestionamientos existenciales que se encuentran

a lo largo de todo el texto. El narrador de *La Virgen de los Sicarios*, elabora un lenguaje espectacular para poder ser escuchado, para concientizar al lector llamando su atención hacia el perverso modo en el que los procesos mediáticos han convertido una realidad tan sórdida en una puesta en escena que se repite infinitamente, desvaneciéndose al anochecer y resurgiendo al siguiente día, pues a pesar de tantas muertes, el espectáculo tiene que continuar; así, “es Fernando, el gramático, quien se acerca al mundo descarnado de los sicarios, identificándose progresivamente con esa violencia desmesurada que ha dejado de ser noticia, para convertirse en algo cotidiano.”¹³ Por esta misma razón, el protagonista al final perdona a Wílmor por haber matado a Alexis; ya que el primero no es más que la repetición de este último y así sucesivamente, pues al final de cuentas, todos los sicarios comparten el mismo deseo de consumismo y el mismo destino de la muerte inminente.

Por otro lado, *La Virgen de los Sicarios* es una novela de una densidad narrativa incomparable. En tan solo pocas páginas el lector obtiene un panorama completo de la situación política de Colombia en su relación con los sicarios, como ya he mencionado antes, el argumento de la novela es tan solo un microcosmos del sistema corrupto que aqueja a los países del tercer mundo: “Muerto el contratador [sic] de sicarios, mi pobre Alexis se quedó sin trabajo. Fue entonces cuando lo conocí. Por eso los acontecimientos nacionales están ligados a los personales, y las pobres, ramplonas vidas de los humildes tramadas con las de los grandes.”¹⁴ Considero que el protagonista de este texto literario es uno de los narradores más complejos de la narrativa latinoamericana; en este sentido, no puede soslayarse la similitud de su discurso narrativo al de la picaresca española, pues en muchos momentos la función apelativa del narrador es análoga a la del ya legendario *Lazarillo de Tormes* aunque naturalmente el lenguaje en *La Virgen de los Sicarios* está adecuado a la realidad contemporánea de Latinoamérica. Por su parte, Serra dice que:

Desde la parodia del testimonio, el texto se convierte en una suerte de performance del sicario, que participa de la actitud respetuosa y al mismo tiempo socarrona del humorista que interpreta a un personaje: Fernando se acerca al sicario, pero también toma distancia y se burla tanto de él, como de su público lector.¹⁵

Justamente, es en este efecto provocado por el autor, en el que encontramos la propuesta del espectador emancipado de Rancière, el observador que toma distancia pero a la vez se involucra en el mismo espectáculo: “El espectador también actúa, como el alumno o como el docto. Observa, selecciona, compara, interpreta. Liga lo que ve con muchas otras

cosas que ha visto en otros escenarios, en otros tipos de lugares.”¹⁶ Asimismo, el narrador de *La Virgen de los Sicarios*, es ese observador que compara su propio punto de vista como colombiano con la perspectiva del extranjero, a quien interpela directamente no dándole tiempo de responder, para en cambio explicarle, sarcástica y condescendentemente a la vez, cómo puede ser posible que en una ciudad como Medellín un asesinato pueda estar justificado por el robo de simples objetos materiales:

¿Cómo puede matar uno o hacerse matar por unos tenis? Preguntará usted que es extranjero... Aquel a quien se los van a robar cree que es injusto que se los quiten puesto que él los pagó; y aquel que se los va a robar cree que es más injusto no tenerlos... Desde esas planchas o terrazas de las comunas se divisa a Medellín. Y de veras que es hermoso. Desde arriba o desde abajo, desde un lado o desde el otro, como mi niño Alexis. Por donde lo mire usted.¹⁷

Por otro lado, el tono irónicamente respetuoso que utiliza el narrador al dar su testimonio sobre estas situaciones morales que comparte con su interlocutor, al final de la cita se vuelve totalmente casual, aunque la intención en realidad sea provocar al lector, obligarlo a pensar si ese tono en el discurso es congruente con los sucesos trágicos y cotidianos que se viven en las comunas de uno de los países más violentos del mundo. Asimismo, el tono pícaro de Fernando se vuelve insólito cuando narra hechos tan aberrantes como el asesinato a sangre fría de niños, así como los comentarios sobre las mujeres embarazadas y los niños que pululan y contaminan las calles de Medellín; en dichas comentarios no encontramos más que una actitud de desamparo por parte del mismo narrador ante una realidad insalvable que apunta directamente hacia un determinismo colectivo: “Pero aquí la vida crapulosa está derrotando a la muerte y surgen niños de todas partes, de cualquier hueco o vagina como las ratas de las alcantarillas cuando están muy atestadas y ya no caben.”¹⁸ Tanto en el narrador como en todos los personajes a los que él se refiere puede apreciarse una pérdida del sentido de la vida. Todos los personajes, según la perspectiva de este narrador, son seres condenados a la muerte y nada más. En este sentido, Camacho Delgado dice que “Fernando Vallejo se ha alejado de la visión complaciente y telescópica de la realidad y sus problemas, para colocar la lupa y el bisturí sobre los tejidos más dolorosos de la sociedad, convirtiéndose, a los ojos del lector, en un testigo impertinente de su época y en un incómodo coleccionista de horrors.”¹⁹ Precisamente, la sociedad que se configura en la novela de Vallejo es una sociedad ya degradada y sin posibilidades de

salvación. No hay redención para nadie, ni para el narrador-protagonista ni para ningún otro personaje. La calle es un espacio abierto a cualquier tipo de impunidad en la que los sicarios deciden arbitrariamente quién muere y quién se salva, en la novela, Alexis, el ángel exterminador, como lo llama Fernando, es el primer joven con el que se involucra y a través del cual va descubriendo el universo de los sicarios, analizándolo aunque, al mismo tiempo, volviéndose cómplice de los asesinatos de su amante:

Pero volvámonos un momento atrás que se me olvidaron al bajar del taxi dos muertos: un mimo y un defensor de los pobres...El terror se apoderó de todos. Cobarde, reverente, el corrillo bajó los ojos para no ver al Ángel Exterminador porque bien sentían y entendían que verlo era condena de muerte porque lo quedaban conociendo.²⁰

Por otro lado, el departamento de Fernando es interesante pues el espacio-tiempo queda suspendido por algún tiempo para los jóvenes sicarios, amantes en turno del protagonista, aunque esto no impide que las arbitrariedades sigan teniendo lugar. Fernando es un microcosmos de esa sociedad degradada, no importa cuál sea su nivel social, económico e intelectual, él también ha sido alcanzado por el determinismo que inunda las calles de Medellín. El protagonista es un ser hedonista, desencantado de la vida, que lo único que busca es el placer fácil e inmediato. Las calles llenas de sicarios jóvenes y bellos le representan una oportunidad para sobrevivir al repugnante mundo del que se queja en cada página, podría decirse que Fernando es un vampiro que succiona la sangre de sus víctimas y luego sigue adelante bajo la consigna de que la vida es así y que no hay una salida posible al círculo vicioso del sexo y de la muerte.

Eros y Tánatos aparecen en una relación entrañable en esta novela. La alusión constante del personaje acerca de las mujeres que procrean engendros que después pulularán en las calles debe resultar sorprendente para el lector, debido a que tiene una carga moral bastante fuerte. La perspectiva del narrador es realista y cruda porque habla de una problemática social que el mismo lector no puede desafiar ni contradecir; sin embargo, aunque la misoginia del narrador no sea justificable, ni sus palabras dejen de resultar ofensivas, la pregunta pendiente sería aún si la realidad puede ser dicha de otra manera, es decir, ¿cómo describir una sociedad en decadencia permanente sin hacer uso de un lenguaje degradante y violento? Por otro lado, también podría ser que “en el marco de la disolución de construcciones identitarias, homosexualidad y misoginia sirven como un elemento más de provocación.”²¹ Como lectores de Vallejo quizá sería conveniente tomar en consideración que todo discurso escandaloso forma parte de su protesta social, en otras palabras, entre más controversiales sean las palabras, mayor

será el grado de entendimiento obtenido por el lector que, al menos con Vallejo, no puede permanecer en un estado de pasividad al leer la novela. Asimismo, la magistral construcción del narrador-personaje parece indicarnos que no hay forma de explicar a medias una realidad tan corrompida; por el contrario, Fernando, pareciera estar reclamando al lector un compromiso para ver su realidad en su aspecto más miserable y, paradójicamente, más humano.

En este sentido, Vallejo apela a un espectáculo propio en el que su puesta en escena se contraponen a la visión simplista de los medios de comunicación que le han quitado su carácter crítico al problema de la violencia; en el sentido en que no existe un interés por explicar las causas, sino solamente por “ver” las imágenes que se reproducen con el simple objetivo de entretener al espectador pero que carecen de todo sentido crítico. En el caso de Vallejo, las imágenes que se construyen a través del discurso despiadado de su narrador son ultra realistas, en el sentido en que representan la realidad tal y como es, sin eufemismos y sin exageraciones. El deseo del autor por explorar y criticar despiadadamente a las clases marginadas tiene una justificación ideológica, la de explicar las causas de una realidad tan asfixiante, como el mismo hecho de que en los sectores bajos se procreen hijos sin planificarlos, pues por más crudo que pueda ser el discurso de Vallejo, su crítica tiene base en un análisis profundo de la situación política y social de su país. A este respecto, Juanita Aristizábal Peraza escribe sobre Vallejo que su:

fascinación [fascinada] por el hampa,” que tiene uno de sus episodios cruciales en el deseo homoerótico del narrador por los jóvenes asesinos en *La Virgen de los Sicarios*, constituye uno de los principales motores de su escritura que presenta todo un proyecto estético alrededor del infierno en el que se ha convertido la Colombia de fines de siglo.²²

Por otro lado, la hipérbole como figura retórica constante no es un símbolo en esta novela, sino tan solo una representación de la realidad, expuesta en su más cruda cotidianidad. Al respecto, Camacho Delgado afirma que “el narcotremendismo provoca un efecto de desgarramiento en el lector, no sólo por la intensidad con que se reconstruyen los horrores de la cotidianidad, sino también por las cifras hiperbólicas que multiplican la sensación de caos, dentro de una sociedad a la que el protagonista ha llamado ‘monstruoteca.’”²³ Por otro lado, Vallejo también pareciera estar utilizando un tono condescendiente para que el lector entienda mejor el escenario en el

que se desarrolla el fenómeno de la violencia, las imágenes descritas pacientemente, van construyendo en el lector una idea más clara de que como el estado de caos ya ha invadido cada rincón de la sociedad colombiana. Sin embargo, no considero que Vallejo lo utilice para demostrar su superioridad por encima de la de su lector; sino, en cambio, para revelar una realidad violenta más cercana a la verdad que al simple espectáculo de las imágenes,

¿Las aceras? Invasadas de puestos de baratijas que impedían transitar. ¿Los teléfonos públicos? Destrozados. ¿El centro? Devastado. ¿La universidad? Arrasada. ¿Sus paredes? Profanadas con consignas de odio “reivindicando” los derechos del “pueblo.” El vandalismo por donde quiera y la horda humana: gente y más gente y más gente y como si fuéramos pocos, de tanto en tanto una vieja preñada, una de estas putas perras paridoras que pululan por todas partes con sus impúdicas barrigas en la impunidad más monstruosa. Era la turbamulta invadiéndolo todo, destruyéndolo todo, empuércándolo todo con su miseria crapulosa.²⁴

Asesinatos injustificados, la irracionalidad, la ignorancia no son una exageración del autor para llamar la atención hacia una sociedad degradada, sino quizás sean las únicas características a través de las cuales puede definirse. Es interesante también notar que la intención del autor es mostrar otro lado de la miseria humana, el de los sectores marginados, llamados favelas en Brasil, barrios bajos en México, comunas en Colombia, pues al final, la realidad es la misma para todos estos. Mientras autores como García Márquez, Carpentier, Asturias, etc., recrean la figura del dictador a través de los elementos narrativos que han definido a la literatura del “Boom” creando una literatura mítica, Fernando Vallejo recrea la figura del individuo más marginado: el criminal. En esta novela, los sicarios son anti-héroes que se escapan de su comuna por un recoveco literario para mostrar el ineludible límite de su condición humana: la muerte. Por otro lado, aunque el lector no debería ignorar el hecho de que el narrador es un hombre hedonista que seduce jóvenes sicarios, tampoco debería abordarse el tema desde el punto de vista moral, puesto que al final de cuentas, es en donde los límites del narrador y del autor se borran para crear un híbrido entre la autobiografía y la pura ficción narrativa. Por otro lado,

...reconocer la racionalidad herética de Fernando Vallejo no supone necesariamente estar de acuerdo con sus objetivos generales ni con los juicios particulares que la sustentan. No hacerlo, sin embargo, impide ver la complejidad de su obra, la sofisticación de su caos

contenido, su ambición de universalidad desde la particularidad de Medellín, Colombia.²⁵

Estar conscientes de la complejidad del narrador en *La Virgen de los Sicarios*, y las existentes similitudes ideológicas con el autor será determinante para enfrentarnos a la perspectiva del mundo narrado en esta novela. El homosexualismo representado en la obra de Vallejo no tiene que ver directamente con la denuncia social que indirectamente hace; sin embargo, es un tema insoslayable dentro de su narrativa, puesto que el mismo Fernando representa la figura materna para sus amantes adolescentes. Por otro lado, el tema del homosexualismo también es expuesto, hasta cierto punto, como un espectáculo, Camacho Delgado dice que “incluso en un mundo tan “masculino” como el de los sicarios, donde se proclama la virilidad como impulso necesario a la hora de asesinar, Vallejo crea una galería de sicarios homosexuales de hermosura hiperbólica, a los que pasea por la ciudad en una particular romería por las iglesias de Medellín;”²⁶ a los cuales, ofrece protección económica, y a cambio el recibe de primera mano un caudal de conocimiento proveniente del universo sicaresco. Fernando es un explorador de su realidad violenta, a la que entra en escena como un actor, quien por cierto no tiene miedo de compartir sus más íntimas emociones con el lector respecto a sus relaciones sentimentales con los sicarios.

Sin embargo, tales sentimientos son al final borrados de su memoria cuando sale de escena abruptamente, a consecuencia de la muerte de sus amantes. Así, su anhelo de protección hacia los sicarios es evidente en las dos relaciones que nos comparte: a Alexis no le compra su arma de fuego; a Wilmar quiere llevarlo a vivir a otro lugar para evitar que se repita el mismo destino de Alexis, pero no lo logra. Esta es la prueba del determinismo de la novela, no hay posibilidad de redención, solo una cruda realidad acumulada en los anfiteatros de Medellín, que a su vez es un eco más de los anfiteatros de otras realidades latinoamericanas. Esta podría ser la razón por la cual el autor denuncia la violencia, pues a falta de la esperanza y la justicia, su única alternativa posible es la denuncia, la protesta social a través de la literatura; en palabras de Serra: “La crítica de Vallejo está dirigida contra la sociedad paisa y Colombia, en primer lugar, pero es generalizable a la cultura de otros países de tradición hispánica.”²⁷ De ahí que el narrador termine la novela con un tono tan resignado, en contraste con el tono agresivo que conserva a lo largo de toda la novela: “Bueno parcero, aquí nos separamos, hasta aquí me acompaña usted. Muchas gracias por su compañía y tome usted, por su lado, su camino que yo me sigo en cualquiera de estos buses para donde vaya, para

donde sea.”²⁸ Al final, este narrador, que es quien nos subió al escenario de violencia a lo largo de más de cien páginas, nos baja de un jalón, para insinuar que él seguirá en su papel de observador activo, subiéndose a distintos buses, no importa a dónde vaya, mientras pueda seguir siendo partícipe del despliegue del espectáculo, probablemente, de la mano de algún joven y atractivo sicario. De esta manera, podemos ver como a través de la novela “Fernando y los sicarios se sitúan en un momento anterior o más allá de lo moral, cuando el ser humano puede dejarse llevar por sus instintos y la crueldad no se censura sino que se celebra.”²⁹ Este, sin duda, es un gran acierto del autor, quien define muy bien la subversión de los límites entre el mundo natural del erotismo y el mundo del orden social.

Para finalizar, aun cuando Fernando Vallejo utiliza el espectáculo para sacar al lector de su zona de confort, él no está escribiendo bajo un tono que delate ninguna posición privilegiada, incluso teniendo como narrador al gramático Fernando; en cambio, me parece que el autor está permitiendo directamente al lector establecer un diálogo con la violencia, obligándolo a salir de su estado de alienación para dar paso a un proceso de pensamiento crítico. En *La virgen de los sicarios*, el autor no ofrece una violencia ya digerida al lector, sino que éste tiene que encontrar una manera de digerirla, o bien, resistirse a continuar leyendo. En palabras de Rancière, “no es la transmisión del saber o del espíritu del artista al espectador. Es *esa tercera cosa* de la que ninguno es propietario, de la que ninguno posee el sentido, que se erige entre los dos, descartando toda transmisión en lo idéntico, toda identidad de la causa y el efecto”³⁰ (Énfasis mío). Quizás sea esta una nueva forma de denuncia social que propicia la igualdad de inteligencias a través de una cultura espectacular.

NOTAS

¹ Debord, Guy. *La Sociedad del Espectáculo*. Pról. y Trad. de José Luis Pardo. España: Pre-Textos. 2012. Print. 38.

² Serra, Ana. “La Escritura de la Violencia. La Virgen de los Sicarios, de Fernando Vallejo, Testimonio Paródico y Discurso Nietzscheano.” *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana* 32.2 (2003): 65-75. Print.

³ Debord, 41.

⁴ Serra, 71.

⁵ Villena Garrido, Francisco. “La Sinceridad Puede ser Demoledora.” *Conversaciones con Fernando Vallejo*. Edición original: New Jersey: (2004). Edición en la Biblioteca Virtual: Biblioteca Virtual (2006): n.p. Web. 30 Nov. 2013.

⁶ Debord, 41.

⁷ Debord, 41.

⁸ Debord, 39-40.

-
- ⁹ Villena Garrido.
- ¹⁰ Debord, 42.
- ¹¹ Rancière, Jacques. *El Espectador Emancipado*. Trad. Ariel Dilon. España: Ellago Ediciones, 2010. Print. 12.
- ¹² Vallejo, Fernando. *La Virgen de los Sicarios*. Colombia: Alfaguara, 1998. 28-9.
- ¹³ Camacho Delgado, José Manuel. "El Narcotremendismo Literario de Fernando Vallejo. La Religión de la Violencia en *La Virgen de los Sicarios*." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 32. 1 (2006): 227-248. Print. 240.
- ¹⁴ Vallejo, 60.
- ¹⁵ Serra, 68.
- ¹⁶ Rancière, 19.
- ¹⁷ Vallejo, 58-9.
- ¹⁸ Vallejo, 71.
- ¹⁹ Camacho Delgado, 232.
- ²⁰ Vallejo, 65-6.
- ²¹ Serra, 73.
- ²² Ariztizábal Peraza, Juanita C. "El Pecado del Escándalo, Dandismo y Modernidad en Fernando Vallejo." *Revista de Estudios Hispánicos* 47 (2013): 291-312. Print. 299-300.
- ²³ Camacho Delgado, 234.
- ²⁴ Vallejo, 64-65.
- ²⁵ Hoyos, Héctor. "La Racionalidad Herética de Fernando Vallejo y el Derecho a la Felicidad." *Revista de Estudios Sociales* 35 (2010): 113-122. Print. 120.
- ²⁶ Camacho Delgado, 228.
- ²⁷ Serra, 74.
- ²⁸ Vallejo, 121.
- ²⁹ Vallejo, 69.
- ³⁰ Rancière, 21.